



¡Qué verdad tan grande la del refrán que dice que quien guarda halla! Ahora que los jóvenes se dedican a dilapidar alegremente los beneficios que obtienen sin esfuerzo asaltando bancos en vez de ahorrarlos para el día de mañana, bueno es insistir para que no olviden la verdad citada. Y si es con ejemplos, mejor que mejor. ¿Qué hubiese sido, queremos recordar a esos jóvenes cigarras, de

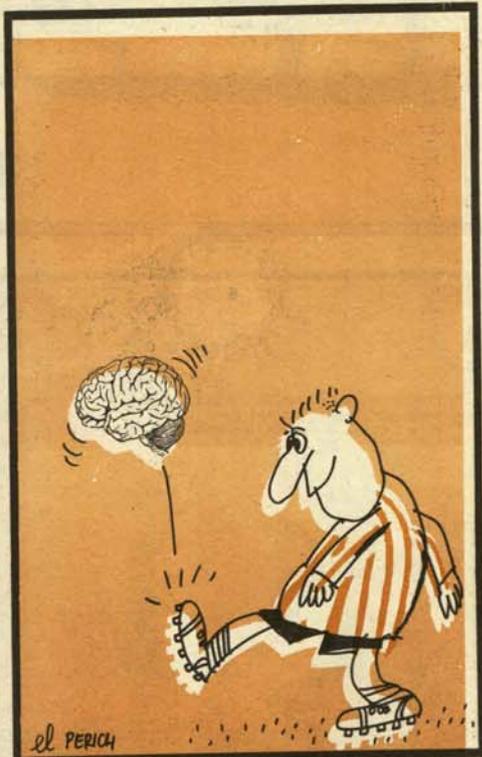
QUIEN GUARDA, HALLA

las almorranas del abuelo si en su juventud se hubiera desprendido de ellas alegremente? ¿Las tendría ahora, podría enseñarlas a las visitas con el orgullo —orgullo completamente justificado— con que puede hacerlo ahora? ¿Y la prostatitis de papá? ¿Podría llenar de ale-

gría las horas de asueto y felicidad del hogar en las tardes invernales si la hubiera malgastado en su lejana juventud? Sólo dos ejemplos (y podríamos añadir cientos de otros parecidos) muestran que la virtud del ahorro siempre tiene su recompensa y que quien ha sa-

bido guardar, el día de mañana recibirá con creces los bienes economizados, como en el caso citado de las almorranas del abuelito, que gracias a las creces citadas, las tiene de un tamaño que no le caben en el trasero y eso que una gran parte de ellas están depositadas en un banco para su oportuna explotación financiera. Para que vean ustedes.

GENOVEVO DE LA O




EL TIMO DE LA ENERGIA

En primer lugar ya hemos perdida la guerra de la gasolina. De modo que al contribuyente occidental ya le han metido un puro de mucho cuidado. Los jeques

rubios del monopolio en el ámbito de la civilización cristiana son unos tios muy listos. Primero se crea el nerviosismo con la dichosa falta de energía, eso de la noche a la mañana; después se corre el rumor de que Europa está en trance de quedarse en pura pelota y se manda apagar las luces como si hubiera bombardeo; luego los políticos echan la culpa a los árabes, los sociólogos hablan de que vivimos en una falsa situación de riqueza; los moralistas sacan tajada con el sermón del lujo y el desenfreno; los economistas ya piensan en las algas de la mar salada y los agoreros finalmente predicen que todo esto se va a ir al diablo. Y cuando el ciudadano ya tiene la moral en los pies y en plena crisis de histeria se pasa el día bajo el colchón sin atreverse a

salir de casa porque opina que lo van a brear, cuando el seso del contribuyente ya está lo suficientemente macerado con las noticias de la futura desgracia, abren un portillo a la esperanza e insinúan que con una subida de la gasolina la cosa aún se puede arreglar. Y a continuación te meten un rudo reajuste en la tarifa y te dejan molido. Ahora los ciudadanos, con el complejo de naturaleza caída, agradecen cada día el hecho de seguir viviendo aunque sea pagando. Ya se les ha inoculado la convicción de que todo es una cuestión de dinero. Para esto el capitalismo tiene una sabiduría diabólica: ha actuado como en los sermones de los frailes medievales. Primero te describen las penas del infierno con gran lujo de serpientes y calderas de acei-

te hirviendo, con los demonios pinchándote las posaderas con un tridente al rojo y cuando la parroquia bajo el púlpito llora las culpas desconsolada porque no encuentra salida, entonces el predicador se saca de la manga la promesa del cielo lleno de mazapán, de violines y de vida a la bartola, todo si se abandona el pecado. Para el capitalismo el gran pecado mortal consiste en no pagar. Si la gente paga el capitalismo te llena el depósito de gasolina hasta ahogar el delco, te llena de cacharros, te llena de plus valías, te construye pisitos con salón-estar-comedor, te atiborra la mesa de merluza y langostinos e incluso cordero lechal. Y te regala energía sobrante para todo el mes. Pero hay que pagar rudamente sin hacer ascos. Es un detalle. ■ VICENT.

